

Cómo contar un cuento

POCOS libros tan recomendables como este. Su autor bien podría ser un gran narrador británico, italiano o portugués. Es un gran narrador. Empieza siendo un cosmopolita compulsivo; el mundo no le resulta ancho ni ajeno: islas, continentes, hoteles, embajadas... En «Cuentos del Noroeste» recorre ese cuadrante geográfico, tan fecundo para la ficción: León, Galicia, el Bierzo, y en él, Villafranca, un enclave absolutamente fabuloso y poético donde -quizá eso lo explica todo- nació Pereira. Los «Cuentos de Madrid» esbozan un libro urbano que merecería ser autónomo. El último apartado, «Antes que el tiempo muera en nuestros brazos», incluye algunas evocaciones de la España franquista, que la ironía y el tono sepia nos hacen ver todavía más lejana.

Estos «cuentos juntos» son fruto de una selección personal, y aquí entra un criterio imprescindible en cualquier estética: el placer. «Me gusta contar» es una declaración propia de un narrador seguro, que garantiza el placer del lector, y una respuesta no menos instintiva: Me gusta leer. Pereira, maestro del relato corto, ofrece simultáneamente un tratado práctico de cómo escribir buenos cuentos: lean los aprendices el decálogo inicial o «Cuento en la Escuela de Letras». Entrega mucha poesía, mucha ironía y mucha literatura: Borges, Capote o Jorge Guillén son personajes suyos.

Uno halla claves de todo tipo, múltiples intertextualidades, citas en muchos idiomas y muy buenos títulos, lo que quiere decir historias atractivas y bien tensadas: «Si me lees te leo», «Los brazos de la i griega», «Las erotecas infinitas»...

Nunca la prosa crítica debe ser más extensa que la creativa. Y el cuento, no se sabe por qué, es un género sobre el que se teoriza demasiado. Pereira intercala entre sus relatos algunos brevísimos, como sorpresas que dan un ritmo vivo a la lectura: «Picassos en el desván», «Lenta es la luz del amanecer en los universos prohibidos», el bellissimo «La esquila» («en el ABC memorioso...»). En «Una novela brasileña» se salta todas las convenciones y relata (en portugués) una vida y una muerte en ocho líneas.

Una buena lección para cualquier escritor, y para cualquier crítico.

J. A. González Iglesias